

«Aquel julio de 1936...»: la vida cotidiana en Pamplona antes y después del levantamiento militar

GLORIA FLANDES ALDEYTURRIAGA

El estudio de la vida cotidiana comprende multitud de facetas; aquí sólo señalaré las que me parecen más importantes para perfilar la vida cotidiana en Pamplona ante el inicio de la sublevación militar. El objetivo es conocer la actuación, el comportamiento y la mentalidad a través de los datos recogidos en la prensa y de testimonios orales, para dibujar unas coordenadas de la historia más sencilla, y tal vez por eso más desconocida, pero también más familiar y cercana. Dado el objeto de esta comunicación, omitiré todos los acontecimientos político-militares (por otro lado relativamente bien conocidos) de los que Pamplona es protagonista antes, durante y después del 18 de julio de 1936.

La población de la capital navarra en 1936 era de 50.367 habitantes de hecho y de 45.710 de derecho. En los días inmediatos al 18 de julio, sufrió un incremento con la llegada de voluntarios carlistas, pero se trata de un incremento coyuntural, mientras se organizan las distintas columnas.

1. Pamplona, julio de 1936: antes del levantamiento

En vísperas del levantamiento, vivía Pamplona en aparente normalidad. Rastreando las noticias locales de aquellos días hemos tomado el pulso a la ciudad.

En el terreno laboral, al igual que en la mayoría de las capitales de provincias, se venía padeciendo una huelga de la construcción. Sabemos que el día 1 de julio los patronos no se sometieron al laudo del Presidente del Jurado Mixto; pero el día 3 el conflicto se había solucionado tras una reunión de los patronos, celebrada en su domicilio social de la C/ San Francisco 3, 2.º en la que se discutieron las bases propuestas por los obreros¹.

La línea de los artículos de prensa (prensa derechista) sobre la política laboral era, en su mayoría, contraria a la subida de jornales y al descuento de horas de trabajo². El paro era un problema grave, que tanto el Ayuntamiento como la Diputación intentaban paliar mediante la realización de obras públicas³.

El sentimiento y manifestaciones religiosas eran muy intensas si se los compara con otros núcleos urbanos del país. Era el obispo de la diócesis pamplonesa, desde

1. *Diario de Navarra* (en adelante DN) 3.7.36.

2. Cf. DN 1.7.36.

3. En la sesión del Ayuntamiento del 11.7.36 se leyó una instancia de la Sociedad de Obreros Canteros de Pamplona solicitando la ejecución de obras para remediar el paro involuntario.

el 9 de noviembre de 1935, D. Marcelino Olaechea Loizaga. Se cuidaba la moral en los espectáculos y en las calles; la prensa publicó con rapidez la encíclica sobre el cine y su influencia poderosa para el bien o el mal⁴.

Los feligreses de cada parroquia con frecuencia se asociaban y celebraban distintos actos. Por ejemplo, un anuncio recogido en el *Diario de Navarra* el 4.7.1936, dice;

«Nota católica: imposición de insignias a los socios de la Junta, auxiliares y asociadas de la unión parroquial de mujeres de San Lorenzo».

Todos los días se podían conocer los actos piadosos que se celebraban en las distintas iglesias; la prensa tenía reservado para ello la sección de cultos; reproducimos los de un día cualquiera:

«P.P. Redentoristas: misas cada media hora, a las 7 rosario y visita a Jesús Sacramentado todos los jueves a las 6,30, y a las 8 comunión de los coros de los Jueves Eucarísticos. Por la tarde hora santa. El día 19, ejercicio en honor a San José. El 26, ejercicio de la buena muerte.

P.P. Carmelitas: mes de julio consagrado a la Virgen del Carmen. P.P. Paúles: misa y novena a San Vicente Pául. San Agustín: culto solemne a la Virgen del Carmen. Tandas de ejercicios para sacerdotes en la casa de Cristo Rey de Tudela»⁵.

Pero julio en Pamplona tiene un atractivo especial, las Fiestas de San Fermín, con sus toros en la corrida y en el encierro, sus gigantes y cabezudos, verbenas, ezpatadantzaris, teatro, grupos que cantan y bailan como los chiquis del «Guretxokoa» de Vera que bailaron en las fiestas de 1935, etc.

Los Sanfermines se anunciaban con una invasión de vendedores ambulantes:

«Esta mañana se procedió por los guardias municipales a realizar una redada en las cercanías del mercado de la Ribera, infectas de vendedores ambulantes. Hubo bofetadas y broncas y fueron detenidos tres mujeres y dos hombres. Esta redada se ha llevado a cabo porque realmente ofrecían un espectáculo vergonzoso»⁶.

Pero los puestos de todo tipo de chucherías, barquillos, etc., continuaron instalándose, para delicia de pequeños y no tan pequeños.

Para los mayores llegaba puntualmente el teatro una vez al año. Fue uno de los espectáculos más dañados por la guerra: numerosas compañías perdieron decorados, vestuarios o alguno de sus actores, sin contar con las compañías que nunca llegaron a actuar en la zona nacional ya que al estallar el conflicto se encontraban en la zona republicana⁷.

En la temporada de Ferias y Fiestas de San Fermín 1936 se estrenó la comedia en tres actos de Pedro Muñoz Seca «Cataplum», representada por la Compañía M.^a Isabel de Madrid. La misma Compañía ofreció a continuación al público pamplonés la comedia «Zape», de Pedro Pérez Fernández.

La otra Compañía que debutó en Pamplona el día 11 de julio fue la de Carmen Díaz, con «Mi hermana Concha» de Jardiel Poncela, en colaboración con Martínez Sierra; pero fue con «Dueña y señora», de Torrado y Navarro, como alcanzó la Compañía un triunfo resonante.

4. Se trata de la encíclica «Vigilanti cura» del 20.6.36, dirigida por Pío XI a los obispos estadounidenses.

5. *El Pensamiento Navarra* (en adelante EPN) 15.7.36.

6. DN 4.7.36.

7. Cf. ABELLA, Rafael, *La vida cotidiana durante la guerra civil. La España Nacional*. Barcelona 1973.

Los que no querían o no podían ir al teatro podían ir al cine. Era una diversión con un gran número de adeptos, ya que se ofrecía diariamente. Algunas de las películas que se veían aquel mes de julio fueron: «Los claveles», de Mary Amparo Bosch y Mario Gabarrón en el cine «Novedades»; en el «Olimpia» se proyectaba otra película española, «El novio de mamá», con la actriz del momento, Imperio Argentina como protagonista, acompañada en el reparto por Miguel Ligeró, Carmen Moragas, Pitusín Argüento y Florián Rey, sustituida a la semana siguiente por otra superproducción del cine nacional, «El secreto de Ana M.^a». En el «Novedades» el relevo se produjo el día 11 y los espectadores podían contemplar «Don Quintín el amargao», interpretada por Ana M.^a Custodio, Luisita Esteso y Alfonso Muñoz⁸. El 17, cuando la sublevación se había iniciado ya en Africa, se proyectaba en el Gayarre «Tres lanceros bengalíes», con la que se inauguraba la semana de la Casa Paramount. En el «Novedades» leemos un título bastante apropiado para es momento, «Noche de tormenta», con Edmund Lowe y Karen Marley.

Un marchamo de normalidad lo daba la música. Eran varias las bandas que se podían escuchar en Pamplona: la Banda de FE, dirigida por don Faustino del Río; la del Requeté; el Orfeón Pamplonés, dirigido por D. Remigio Múgica, o el Coro falangista formado a iniciativa de José Antonio de Huarte.

El centro de la instalación ferial, con sus chiringuitos y barracas, fue en 1936 el «Americain Cirque», con sus leones, caballos andaluces, monos, perritos, cerdos saltadores, la mujer pájaro, «clowns» (los Hermanos Díaz, etc.).

A las 5 de la tarde el plato fuerte estaba en la plaza de toros. Se lidiaban cada día los ejemplares que a primera hora de la mañana habían recorrido el tradicional encierro. Aquel año acudieron a Pamplona las principales ganaderías y toreros de la temporada: entre otros, el Niño de la Palma, Domingo Ortega y Gitanillo de Triana, que lidiaron los Tasara-Ortega, mientras los de la ganadería de Argimio Pérez Tabernero correspondieron en suerte a Sánchez Mejía, Belmonte y Vidián.

Paralelamente se celebró la Feria de Ganado de la Vuelta del Castillo. Ese año hubo una propuesta, que constó en acta municipal, relativa al descortezamiento de árboles y al tronchamiento de algunos otros para habilitar el espacio adecuado para la feria.

Los espectáculos deportivos atraían la atención de muchos y eran seguidos con verdadero interés. Osasuna ya ocupaba un lugar importante; y, junto al deporte del balompié, el ciclismo. Las pruebas internacionales –Vueltas a Francia y Suiza– eran seguidas por los aficionados a través de los artículos periodísticos de Cañardo y Fernando. A nivel local se desarrollaba el IV Circuito de Estella. La inscripción se hacía en la Unión Ciclista Navarra, y el recorrido era por distintos pueblos navarros. El jurado de la prueba estaba constituido por la Junta Directiva del Izarra B.A., presidido por el Juez Arbitro; parte del jurado lo formaban los comisarios de la ruta. La salida se efectuaba en el Paseo del Andén, frente a la casa del señor Garmendía. Aquel año de 1936 venció Lisarri, siendo segundo Isaba y tercero Esparza.

El deporte de la pelota tenía su sede principal en el frontón Euskal-Jai. Entre otras parejas que jugaron aquel mes de julio estaban Bengoechea y Patricio (con distintivo en rojo) frente a Plazabona y Azpíroz (en azul); Plazabona y Ascunce contra Eyaralar y Guruceaga, y Lemoire y Etulain contra Vizcay y Fitero.

Deporte muy minoritario era el tiro. El 6 de julio a las 4 de la tarde se celebró un concurso de Tiro Pichón; la matrícula exigida para la participación era de 10 ptas. se podía tirar un tiro de prueba, y el segundo era al pichón. El primer premio era el

8. Cf. DN 5.7.36.

40% y el segundo el 30% de la recaudación. El Ayuntamiento de Pamplona otorgaba, asimismo, una copa al vencedor.

En aquellos años los «Sanfermines» eran unas fiestas muy locales, para los pamplonicos y poco más. Pero ya existía la preocupación por el fomento del turismo. Una iniciativa vino de más allá de los Pirineos, cuando el alcalde de nuestra ciudad recibió una comunicación de su colega de Biarritz por la que se le convocaba a una reunión de distintos municipios con interés turístico que, entre otros objetivos, perseguía facilitar el paso de turistas por la frontera. El día 16, a las puertas del levantamiento, el alcalde, Tomás Mata, se fue a San Sebastián para asistir a dicha reunión. Ese mismo día la Comisión de Fomento del Ayuntamiento se quedaba estudiando la posibilidad de que los días festivos se interpretase música de «chistu» por las calles.

Volviendo al ritmo normal, al margen de lo festivo, la vida transcurría tranquilamente, al menos en apariencia. Los niños terminaron aquel junio el curso académico en las escuelas y el instituto; y se aprovechaba el verano para los arreglos imprescindibles⁹. Para los ancianos hubo una fiesta el 5 de julio:

«Homenaje a la vejez: 142 ancianos nuevos van a disfrutar de la pensión vitalicia de una peseta diaria. Es la labor realizada por el Patronato Navarro, obra iniciada por la Caja de Ahorros de Navarra»¹⁰.

La Casa de Misericordia continuaba con su eficaz labor en esta misma línea. Tenemos noticia de la Junta celebrada el 15 de julio, presidida por el vocal Tiburcio Osácar, en la que se aprobaron las cuentas ordinarias, se dio cuenta de un donativo de un feriante (D. León Salvador) y de la administración del donativo de carne del novillo lidiado en la última función del circo.

Iniciado el levantamiento militar en Pamplona, la población de hecho –50.367 habitantes– se incrementó con la llegada de los voluntarios carlistas prometidos por Fal Conde.

2. Pamplona, julio de 1936: después de la sublevación

En la madrugada del 19 se proclamó el Estado de Guerra. El Bando, firmado por Emilio Mola Vidal, aparece en la prensa del día 19 (los rotativos no salieron el 18, y tampoco el lunes 20). Junto a los titulares –«¡Viva España!»– *Diario de Navarra* aclara:

«Comprenderán los lectores que no podamos ni debamos decir hoy nada absolutamente por nuestra cuenta (...) Mola ha declarado el Estado de Guerra y es él quien únicamente debe hablar hoy»¹¹.

Inmediatamente se notan los efectos de la nueva situación: el artículo 5.º del Bando prohibía totalmente los «lockouts» y huelgas, el 10.º sometía todas las publicaciones impresas a la censura militar, y el 11.º prohibía el funcionamiento de todas las estaciones radio-emisoras particulares.

Aquel día, la plaza del Castillo y las calles próximas se vieron desbordadas por la gente que se manifestaba patrióticamente. Hubo algunos incidentes¹².

9. Sesión Municipal 4.7.36: Se estudió la petición del conserje de las Escuelas de San Francisco para que se realicen arreglos en el edificio por valor de 666,45 ptas. y pagar al contratista de las obras del nuevo edificio escolar del Ensanche.

10. DN 5.7.36.

11. DN 19.7.36.

12. Cf. DN 21.7.36: por la tarde, en los sucesos de la Plaza del Castillo, murió un joven apellidado Lozano.

El lunes 20 fue de bastante normalidad, o al menos ése es el aspecto que se intentaba ofrecer:

«El comercio, los talleres, las fábricas, las obras de construcción y todas las vías de comunicación, funcionan con absoluta normalidad»¹³.

Mientras algunos empuñaban las armas, otros mantenían el espíritu de la retaguardia activa. Los donativos eran de todo tipo: dos joyeros de Pamplona –Santiago Olmedo y Víctor Idoate– se encargaban de analizar y clasificar las piezas donadas; cazadores y pescadores ofrecían sus capturas a los hospitales; el matadero «Los Pirineros», que funcionaba en el barrio de los capuchinos, regalaba parte de los embutidos y carnes a la Junta Carlista de Guerra y al Gobierno Militar; la industria Muerza, de San Adrián, ofrecía 20.000 cajas de un octavo de mermelada para el Ejército; Félix Huarte dio mil mantas de lana; López Hnos., 3.000 pares de botas; y «hasta la dueña de un famoso prostíbulo, apodada «La Turca» y que según dicen era muy de «derechas», puso su automóvil al servicio de la Junta de Guerra»¹⁴.

Otros, en cambio, se aprovechaban de las circunstancias para enriquecerse. A los pocos días del levantamiento había nacido un mercado negro que obligó al alcalde a publicar un Bando en el que se advertía a los comerciantes desaprensivos que no se podían elevar los precios de los artículos. *El Pensamiento Navarro* lanzó su protesta contra los que se aprovechaban de la desgracia ajena para enriquecerse. Se dieron abusos en el terreno de la alimentación y también en el de los alojamientos, ya que faltaban viviendas ante la llegada de voluntarios primero, y de convalecientes y refugiados después:

«Sabemos que muchos desaprensivos, enemigos nuestros, aprovechan la circunstancia de que algunos compatriotas lleguen a nuestra ciudad evadidos de las zonas rojas, para cobrarles precios fabulosos por darles alojamiento. Sirva de advertencia a quienes deben poner coto a tan cínica desaprensión»¹⁵.

Ciertamente, el abastecimiento en época de guerra es uno de los problemas más importantes de toda retaguardia. Se hizo un esfuerzo constante por atender todos los servicios necesarios. No faltó el agua, aunque se pedía a la población que «no malgastase el agua dejando correr los grifos inútilmente». La distribución de electricidad fue rigurosamente controlada. Se suprimieron los anuncios luminosos, se reguló el número de horas de empleo eléctrico en el alumbrado de las calles, en las industrias, etc.

En el abastecimiento de productos alimenticios, y a pesar de los abusos señalados, el mínimo de avituallamiento se cubrió siempre a un nivel bastante aceptable. La actividad agraria de la provincia permitía la distribución de los productos en Pamplona, aunque con serias dificultades por la falta de vehículos. A finales del mes de julio, el día 30, se acordó centralizar en la Dirección de Agricultura los servicios encaminados a la recobida de las cosechas, organizando la prestación de personas y de máquinas para aquellos pueblos «en los que los campos quedaron sin brazos por la ausencia de voluntarios incorporados al Movimiento Salvador».

Otro fenómeno característico de este momento de guerra fue la ocultación de moneda; pronto desapareció de la circulación toda la plata. La autoridad procedió al famoso estampillado de billetes. Como algunos se negaban a aceptarlos, «serían considerados como enemigos del Movimiento Nacional y sometidos a juicio su-

13. DN 21.7.36.

14. DEL BURGO, Jaime, *Conspiración y guerra civil*. Madrid 1970, p. 36.

15. EPN, 24.7.36.

marísimo –advirtió la autoridad militar– los que se resistieran a aceptar dichos billetes»¹⁶.

También desde la Diputación Foral –cuyos miembros pertenecían todos al Bloque de Derechas desde la elección de enero de 1935– se dictaron rápidamente algunas medidas importantes:

«Conceder un auxilio extraordinario y cuan generoso pueda a las familias que hayan enviado sus hijos a las fuerzas libertadoras. Este oscilará entre tres y ocho pesetas diarias»¹⁷.

Dos días después, el 24 de julio, se ordenó el restablecimiento de la enseñanza católica en todas las escuelas, la colocación del crucifijo en un lugar preferente y la reapertura de todos los colegios de religiosos que hubieran sido clausurados; se prohibió la coeducación en las escuelas y se revisaron todos los nombramientos de maestros.

Como en toda retaguardia, la mujer ocupó un papel central, colaborando con su trabajo en la labor del frente: haciendo y enviando ropa, recogiendo donativos, atendiendo a los heridos en los hospitales... Era un deber de lealtad y no quedaba sitio para la frivolidad¹⁸.

Había que apretarse el cinturón y colaborar con la situación bélica. Con este objeto nacieron el Día del Plato Unico o la Semana Sin Postre. En Pamplona el presidente era D. Fermín Sanz Orrio. La recaudación se recogía en las parroquias. El Plato Unico era los días 1 y 15 de cada mes, y afectaba incluso a hoteles y fondas: «al mediodía había que ofrecer ragout de ternera con legumbre y queso, y pasteles de postre». Tenían la obligación de hacer una declaración jurada de los huéspedes, con sus pensiones, descontando del importe total el 25% para los fines benéficos del Plato Unico.

En definitiva, en las primeras reacciones de la mayoría de los pamploneses al inicio del levantamiento destaca el apoyo básico de la población, o al menos la aceptación del hecho. Rápidamente –en los primeros días– asistimos a la implantación del «nuevo orden», que afectará a toda la España «nacional» conforme avance la contienda. Ese «nuevo orden» incide sin duda en la vida cotidiana, que se verá transformada por efecto de las nuevas ideas que regirán el país.

Pamplona no conoció las privaciones de un frente establecido en sus inmediaciones, pero sí la sangría poblacional que supuso la partida de voluntarios, así como la represión.

La ciudad, tal y como se nos muestra a través de la prensa del momento, parece mantener una actividad en crecimiento, bajo un régimen autoritario cuyo ansiado fruto es una rápida victoria militar. Punto de partida de columnas hacia los frentes (Irún, Madrid y Aragón), conoce la efervescencia de la sanidad, del avituallamiento militar, de los contactos con el frente... Esta estrecha relación marca el ritmo ciudadano: el temor a los traidores o espías, la atención de los heridos, las recaudaciones benéficas, etc., que se entremezclan con la mera subsistencia de la población civil. Al mismo tiempo –y esta consideración se extiende más allá del mes de julio, objeto de nuestra comunicación–, los espectáculos, los deportes, la actividad educa-

16. DN 20.11.36.

17. ESPARZA, Eladio: *Pequeña historia del Reino de Navarra*, Madrid, 1940, p. 119.

18. Un artículo de EPN criticaba el que las mujeres se pintasen: «porque, mientras nuestros hermanos se batían en los campos de la lucha, nuestras jóvenes y no jóvenes no piensan sino en el arreglo de su persona, contraste harto triste en estos días». Sobre este tema véanse ALCALDE, Carmen: *La mujer en la guerra civil española*, Madrid 1976, y GALLEGU MÉNDEZ, M.ª Teresa, *Mujer, Falange y Franquismo*, Madrid 1983.

tiva en los colegios y el Instituto, la vida laboral y el sentimiento religioso mantuvieron un alto grado de intensidad: la guerra incide, sin duda, en la vida de la ciudad, pero no la paraliza¹⁹.

BND

19. Para un estudio de mayor ambición sobre otra ciudad situada también en la zona «nacional», vid. FLANDES, Gloria: *La vida cotidiana en la ciudad de Burgos durante la guerra civil 1936-1939*, Universidad de Valladolid, Facultad de Filosofía y Letras, 1986. Memoria de Licenciatura inédita.